

dos cuentos

la autopsia

loetscher

El patólogo retiró el corazón de la balanza.

"450 gramos, pericardio blanco. Se aprecia un poco de líquido de color amarillo claro. La superficie interna lisa, brillante. Corazón más bien flácido. Mayor que el puño derecho del cadáver. Punta redondeada. Formada por el ventrículo izquierdo. El ventrículo derecho está dilatado. El izquierdo es normal. La aurícula derecha..."

El patólogo dejó de dictar. Había reparado en el grupo de hombres que acaba de entrar. Bajó las batas blancas vio los pantalones del uniforme militar. Sostenía el corazón a la altura de su pecho. Asintió mirando hacia la puerta...

-Estimado colega.

-Estimado colega.

-¿El equipo sanitario?

-Parte de él.

-Un momento, por favor -el patólogo se inclinó sobre el corazón que sostenía en su mano izquierda.

A una señal del oficial, los hombres se detuvieron junto a la puerta. El patólogo volvió a darle al pedal de la grabadora. El corazón había sido separado de sus vasos. Introdujo una tijera roma en el corazón, recorrió los conductos imitando la corriente sanguínea, desde la aurícula derecha a la arteria pulmonar: "Aurícula derecha ampliada. La izquierda es normal. Formas ovales. Orejuelas vacías. Epicardio blando y brillante con tejido graso epicardial moderado. Endocardio brillante".

Recogió un metro de la mesa de acero cromado que habían instalado sobre las rodillas del cadáver: "Medición de válvulas: *Tricus pidalis* 12 cm, *Tricus mitralis* 10 cm, aorta 8 cm. En el borde oclusivo de la mitral un nudito en forma de verruga. Los tendones se han acortado y son más gruesos. Trabécula y músculo papilar de tamaño medio".

En la mesa de instrumental intercambió el metro por el cuchillo. Cortó con el escalpelo el corazón, comprobó su resis-

tencia. El izquierdo cedía un poco al presionar. Un crujido, el acero había tocado el calcio. El patólogo cortó la arteria coronaria en varios puntos y separó la luz: "En la aferencia de la arteria coronaria izquierda, estrechamiento de la luz en forma de hoz".

Volvió a colocar el corazón en la bandeja junto al metro y el cuchillo. Una bandeja de acero cromado con desagüe central. El corazón soltaba un tinte. Junto a él, el pulmón flácido y encogido.

-El tracto pulmonar -explicó el oficial-, eso que parece un pico es la laringe.

El patólogo hizo una señal al colega, quien a su vez pidió a la tropa que le siguiera. Obedecieron con paso quedo, casi titubeantes. Los hombres, y el Inmune entre ellos, se colocaron en semicírculo en torno al caballete.

-Le agradezco que nos permitiera venir.

-Si les sirve de clase práctica -opinó el patólogo. Señaló hacia el cadáver. La parte superior de la piel estaba lívida, el resto mostraba manchas cadavéricas concluyentes.

-Vientre tumefacto. Denota la insuficiencia hepática.

-¿Hígado metastatizado? -preguntó el oficial sanitario.

-Ahora lo veremos. Una mujer de 64 años.

Las costillas de la mujer estaban descubiertas. Bajo la epidermis retirada se apreciaba una capa de grasa color mantequilla. Los pechos colgaban hacia los lados, hundidos en los huecos de las axilas.

El patólogo regresó junto al cadáver. Con una cuchara extrajo un líquido del vientre y lo introdujo en la correspondiente probeta, lo vertió en el lavabo a los pies del cadáver, llenó la probeta de nuevo y luego otra vez más.

-Tres litros de líquido ascítico.

El patólogo separó el hígado con un cuchillo alargado. Lo agarró cuidadosamente con ambas manos. Lo sostuvo bajo el chorro del lavabo, lo lavó y lo toqueteó.

El oficial sanitario:

-Comprueba su consistencia. Con cada órgano hay que proceder primero a su descripción: tamaño, color, textura.

El patólogo levantó la vista, sonrió y se encogió de hombros:

-Yo no lo hubiera explicado mejor.

Colocó el hígado en la mesa de disección. Con una tijera puntiaguda abrió por la parte inferior los vasos y conductos biliares:

-El hígado presenta una estructura superficial nudosa con puntas blancas.

Mostró el hígado al colega y luego a la tropa:

-Hígado metastatizado. Como era de esperar. Carcinoma de útero. Fase 4.

El patólogo trinchó el hígado en rodajas del ancho de una mano, hasta llegar al centro. Luego separó los cortes:

-Tejido hepático sano, reducido a un tercio -y luego a la tropa-: destruido y desplazado debido al tumor. No operable.

El encargado de la autopsia se aclaró la voz. Todos le miraron. Estaba manipulando la cabeza. Echó su cuerpo hacia un lado para que observaran cómo trabajaban. Había hecho un corte desde la frente hasta el cráneo anterior. Ahora levantaba el cuero cabelludo desde atrás tirando hacia delante. Un cráneo desnudo en vías de ser pelado, asexuado, sin edad, dos órbitas oculares. Debajo, la parte interior del cuero cabelludo, sanguíneo y liso, el pelo gris formaba una barba.

El patólogo había extraído el bazo y los riñones. Los órganos, una vez limpios, descansaban en la bandeja de disección. Coágulos. Cortó un dado de cada órgano y los colocó en una botella llena de líquido.

-Formol -el oficial seguía el procedimiento.

-Para el histólogo -dijo el patólogo-. Facilita el trabajo. Formol, lo conocerán mediante la pincelación de pies sudorosos.

Un ruido de astillas que saltan, el murmullo de una hoja de sierra. El encargado

de la autopsia ejecutaba un corte alrededor del cráneo.

El patólogo levantó la vista, asintió, sin dirigirse a nadie en concreto. Luego inspeccionó el vientre del cadáver. Levantó la vejiga vacía. Señaló el útero que se encontraba bajo esta.

-Estos pequeños nudos probablemente sean el tumor primario. Se encuentra en la región del cuello de útero. -Reflexionó unos instantes-. Las adherencias que se observan a ambos lados probablemente se deban al tumor.

El patólogo separó las adherencias con el escalpelo, las colocó sobre la bandeja, y abrió la vagina y el útero.

El Inmune apretó sus genitales entre los muslos.

-Los coágulos de sangre indican hemorragia, la mujer aún tenía un 30% de globina. -Luego, el patólogo separó los dos ovarios y los partió por la mitad con un corte certero-. Atrofia normal debida a la edad.

Ahora el cadáver había sido vaciado por completo. La columna vertebral y las ramificaciones de las costillas forman un casco de barco delicioso, pensó el Inmune, y oyó: "No se detectan metástasis en los huesos". El encargado levantó aquella especie de cebolla y la colocó a un lado. La cabeza sin la mitad superior. Los dedos del encargado se deslizaron dentro del cráneo y extrajeron una masa gris. El cerebro. Temblaba sobre el acero cromado. Lo trinchó.

Un hombre mayor entró en la sala. Laborioso y excitado. Susurró unas palabras al encargado de autopsias, que llevaba un trépano en la mano. Con este penetró en el interior del cráneo.

El encargado al patólogo:

-El hombre nos está esperando.

Patólogo:

-¿Qué hombre?

-Creo que es el marido.

-¿Ya son las cuatro? -preguntó el patólogo. Su colega le mostró un reloj. Luego al encargado-: Termine.

El hombre mayor se alejó manoteando.

El patólogo:

-El amortajador.

-¿Necesitamos la columna vertebral? -preguntó el encargado.

-No -rechazó el patólogo con la mano-, nada de huesos de extremidades. Si no, habría que ponerle varillas -prosiguió,

señalando hacia una esquina donde tenían varillas de todos los largos- para que el cadáver no se desmorone si se le extrae la columna.

El encargado levantó la bandeja con las vísceras y las echó sobre el vientre vacío del cadáver. Un montón de órganos pegajosos rodando. El encargado los repartió con la mano y los alisó. Luego cogió un rollo de papel crespón, arrancó un par de trozos, formó unas bolas, relleno el cadáver y retocó los huecos.

El libro que todos llevamos dentro. Nos entierran con papeles en blanco en la tripa, papel absorbente, meditó el Inmune.

El encargado procedió a coser. Con una aguja curva tiró de un cordel de empaquetar, cosió a toda prisa una única costura de abajo a arriba. Los pechos se levantaron con todo su peso y regresaron a su lugar originario, separados por un nudo.

El patólogo se encontraba de pie junto al escritorio, delante de la ventana. Se volvió hacia el lavabo. Se lavó los guantes de goma. Reguló el chorro de agua con la rodilla. Se arrancó los guantes de las manos, entre los dedos rastros de talco. Cogió un fajo de papeles y se lo entregó al oficial sanitario.

-El informe del hospital. -El oficial se lo pasó a la tropa. El Inmune era el que más cerca estaba y se hizo cargo de él.

-¿Desde cuándo se hacen visitas de patología en el programa de formación?

-Todavía no se han incluido, ha sido idea mía. Cómo van a poder ver muertos si no.

-En la unidad de urgencia ya se van acostumbrando a la sangre.

-Hacía tiempo que no pasaba ni yo por patología. El bueno de Neumeier...

-¿Usted también estudió con él? Está un poco mayor para seguir ejerciendo.

El inmune leyó un nombre, los dos nombres de pila. Miró el cadáver. En el apartado "profesión" habían consignado ama de casa. Fecha de nacimiento. Fecha de ingreso. Los avisos se enviarán a la dirección del marido, número y nombre del seguro médico. Dos hijos.

El encargado volvió a encajar el cuero cabelludo en el cráneo de adelante hacia atrás. Las órbitas desaparecieron, recobraron ojos y cejas. Alisó el cuero cabelludo, comprobó que se ajustara a la cebolla. Le arregló el pelo con los dedos, colocó un par de rizos sobre la frente, por encima de los

laterales, donde comenzaba el corte. Luego manipuló la cara con dos dedos, centró un poco la nariz y modeló la boca para que esbozara una sonrisa.

-Por favor -el patólogo quería que le devolvieran los papeles. Los firmó. Luego abrió el delantal de goma blanco.

-También hay delantales rojos -dijo el oficial.

-Depende del carácter de cada uno -añadió el patólogo.

El encargado levantó el cadáver del caballete, lo puso sobre una mesa de trinchar, y la retiró a un lado tras cubrirlo con una sábana. Se fue por una puerta batiente de la altura de un hombre.

El oficial sanitario se despidió. El patólogo le acompañó a él y a la tropa. El encargado sacó de un empujón el siguiente cadáver de la cámara frigorífica. Se acercó al dedo gordo, se agachó para verlo mejor. Tenía una etiqueta con una dirección. El encargado susurró de forma audible:

-Clínica A.

-Ah, el del accidente -confirmó el patólogo.

El encargado hizo una seña a la tropa, se inclinó, se puso en cuclillas y señaló la planta del pie derecho:

-La mancha negra. La corriente le pasó por aquí.

Luego lo arrastró sobre la tabla. ☒

no tengo ningún poder sobre ellos. Lo más cómico es que me dejaran una lista.

¿A qué se referirían cuando me preguntaron en la puerta si tenía un pasaporte válido? Habrían podido confiscarlo. ¿Se trataba quizás de un requerimiento? ¿O incluso de una trampa?

Buscaban al Inmune, qué risa. Hablaban de él como si fuera una víctima. Y luego la pregunta capciosa: ¿es usted inmune o no?

Por lo menos no me han llevado con ellos. Se han llevado un paquete de papeles y ya se cuidarán de utilizarlo.

En todo caso, yo no pretendía que se convirtieran en un dossier. Pero seguramente los utilizarán como tal. Me pregunto que podrán deducir de ellos. Siempre me ha fascinado saber lo que los demás sabían de mí. A veces he escuchado con envidia todo lo que he hecho y lo que se supone que pensaba. Si alguna vez se me aparece un hada y me concede tres deseos, pediré uno personal: quiero vivir todo lo que los demás han novelado sobre mí y lo que me han atribuido. Esa es una parte de mí que nunca descubriría por mis propios medios.

Lo que han confiscado basta para un interrogatorio. Y seguramente no me podré librar de él. Tratarán de pillarme basándose en tal documentación: "¿Qué ha hecho usted con su tiempo?"

Entre lo que se han llevado hay una

Siempre vuelve a surgir en mí el albañil.

Pero se atenderán a lo que tienen entre manos. Me pregunto por qué no hay otra historia sobre mi madre entre los papeles confiscados. Le había prometido que la acompañaría a aquel país que ella llamaba santo. Ya habíamos estado juntos en Roma. Nuestro primer viaje juntos. Había sido una especie de regalo de Navidad. Y la mujer fue a la plaza de San Pedro para ver la bendición del Papa: era un buen Papa, y la había mirado a ella al asomarse a la ventana. Mientras yo buscaba una ciudad tras otra sin descanso, ella necesitaba las ciudades para peregrinar. Ésa podría haber sido la escena de Jerusalén: enseñarle a una madre la ciudad de la madre.

¿A qué venía tanta pregunta? Lo admito, he escrito un cuento que no lo era. Pero quería que hubiera una vez algo en aquel año en que fue.

Y hace tiempo que se clausuró mi Teatro del Tropezón. Bastaron cuatro palabras: "Cuidado con el escalón".

Pero supongo que no les puedo ir con esas. Lo que quieren es que les conteste sí o no.

Se imaginan la verdad desnuda. Como si no se pudiera mentir igual desnudo que vestido. También la desnudez es un disfraz, y no solo porque se puede llevar en el escenario. Mi hora de la verdad no significa tanto descubrirse como cambiar de vestimenta.

dos cuentos

quedaron papeles

loetscher

Han confiscado los papeles, un paquete bastante grueso. Ni siquiera sé si debo indignarme. En cierto sentido me siento liberado.

Siento curiosidad por saber qué harán con ellos. Quizás desaparezcan en un expediente con el sello de la fecha de entrada y un par de notas al margen. En todo caso, ya

escena en la que se describe el nacimiento de un intelectual en una cocina. Podría añadir algunas cosas más. Una vez hice una estantería en el taller de mi padre, que me ayudaba cuando me liaba. Fue la única vez que hicimos algo juntos. Poco después le descubrí delante de la estantería diciendo: "Vaya mueble". Él tenía uno parecido en su taller, solo que con las cajas de los clavos, las brocas, la alcuza, el papel de lija, la estopa...

Al redactar la lista de los papeles confiscados quiso saber por qué llevo gafas oscuras.

Estoy convencido de que en el interrogatorio revisarán los papeles palabra por palabra: ¿Tuvo algo que ver con el teatro? ¿Qué hacía en París aquel mes de mayo? ¿Representaba papeles que no confesó? La casa que heredó de su padre, ¿es habitable? ¿Les proporcionó el subsidio al que estaba

obligado? ¿Estaba en condiciones de hacerlo? ¿Sigue yendo por Niederdorf? ¿Puede usted darnos algún nombre de los fantasmas que se encontró en el Fantasio? ¿Qué relación tenía con Christian? Su caso sigue sin aclarar. En cuanto al dictamen del médico del colegio, ¿es esta su letra? ¿Viaja usted por motivos puramente profesionales? ¿O es que trata de huir de algo? Y, si es así, ¿de quién huye usted? ¿Por qué tiene dos cicatrices en la frente?

Lo aprovecharán todo, una cosa detrás de otra. Pero, al fin y al cabo, yo mismo he determinado este orden, empezando por el telón que se levanta tras otro telón. Parten del supuesto de que dicho orden es preceptivo. Pero podría ser muy distinto. Ni mejor ni peor, sino distinto, "el distinto". Pero yo tengo que responder del orden por el que me decidí.

Tengo la impresión de ser un acusado que se representa a sí mismo, no como abogado o defensor, sino porque las pruebas aducidas solo constituyen una posibilidad entre muchas, siendo cualquier otra igualmente aceptable. A cada palabra clave podría responder con otro suceso, otro episodio u otro ejemplo. Incluso con cosas más acordes con un interrogatorio.

Por lo que respecta a los casos de abuso de personas, no tienen más que un ejemplo. Y de las cartas, tan solo la que envié a mi hermana. ¡Cuando pienso en la colección de cartas empezadas que tengo!

Por supuesto que nací en Zúrich, si es que quieren confirmarlo; porque, al fin y al cabo, Zúrich existe. Pero este Zúrich podía también convertirse en una cicatriz que se extendía sobre una verde llanura de Grecia, donde solo una parte de los árboles perdía su follaje recordándome el invierno de mi tierra, a mis espaldas, una ciudad muerta, y no solo por tener detrás las ruinas de Mistra. Habría podido sustituir esa ciudad muerta por una viva, por Bahía, la ciudad de Todos los Santos y de Todos los Vicios, en cuyas calles comenzó el poema. También podría haber sido una ciudad destrozada por mí en mi trato con la gramática: *...esse delendam*. Estaba convencido de que había que demoler Cartago solo por ser un gerundio. Cuando llegué a Santiago, estaban reuniendo a los muertos que habían expuesto en el cauce del río para intimidar.

¿Y qué hubiera pasado si, en lugar de un promontorio en el extremo sureste de

Europa, hubieran tenido un paisaje de Rock-Olas? Un paisaje acústico de platos girando disco a disco. Y no solo con los tulipanes de Amsterdam, las rosas de Estambul, las palmeras de Hawai y el cóndor de los Andes.

¿Debo indicarles lo que falta? ¿Que les falta la galería de retratos del intelectual con los dos gabinetes dedicados a "los empañadores" y "los arreglistas"? ¿Y qué pasa con la colección de fieras? El mono en el cohete, el mulo en las tropas de montaña, el caniche en el concurso de belleza, el cobaya en el laboratorio...

Ya estoy oyendo su pregunta: ¿Utiliza usted pseudónimo? ¿Y que pasaría si el nombre supuesto fuera aquel que registraron en mi partida de nacimiento?

Pero por qué se van a interesar por el hecho de que un día me introduje en mi ombligo y viví una historia de caballerías terrorífica. O que en una ocasión fui a un banco de esperma en busca de posibles padres, es decir, disponibles.

Lo que encontraron en mi escritorio pareció bastarles. Porque si hubieran seguido buscando, habrían encontrado algo muy distinto. Y eso me sorprende. Se dieron por satisfechos antes de lo que me esperaba. Aunque no fueron descuidados, si pienso en la precisión con que confeccionaron la lista. ¿O quizás su aparición no fue más que una cuestión de forma? El marcado celo con el que procedieron quizás se deba a su falta de interés. ¿Tal vez tenían algo que ocultar? Ahora me doy cuenta de que no les pregunté por sus placas.

Si hubieran seguido buscando habrían encontrado más cosas. Un gran paquete de papeles o de documentos, como les gusta llamarlos. No habrían tenido más que mirar en la estantería detrás del escritorio y se habrían tropezado con los "Papeles del Inmune". Que estuvieran debajo del papel de la máquina fue pura coincidencia. Pero demuestra que el papel no escrito constituye un excelente escondite.

En cualquier caso me han dejado esta carpetita. Con cuadernos del colegio en los que por lo general solo se han utilizado las primeras páginas. Me gustaría saber en qué circunstancias se tomaron algunas notas como:

"Supongamos que los totalitarios se hacen con el poder. Si tuviera que esconderme, ¿a qué personas de mi círculo de

amigos y conocidos recurriría? Una pregunta así excluye a gran parte de los allegados, solo cabría considerar a aquellos con los que no se trata uno demasiado. Una amiga me explicó, con motivo de este ejercicio, que conocía una pregunta similar, que rezaba: ¿A quién escondería yo?"


Y también me pregunto con motivo de qué escribí: "Polyoutros. Probablemente originario de Macedonia, vivió en el segundo siglo después de Cristo. A pesar de ser griego, escribía en latín. De su voluminosa obra (?) no se ha conservado más que la frase: *Natura hominis arte facta est*. La naturaleza del hombre ha sido creada con arte, constituye un artefacto".

En la misma carpeta hay unos cuantos recortes de periódico y algunos papeles. A veces con una sola pregunta: "¿Cómo actuar sin hacer nada?" Y también el borrador de un discurso que puede pronunciarse con ocasión de cualquier evento y bajo cualquier régimen, el bosquejo de una parca telefónica que corta su hilo vital al colgar el auricular. Y, entre otros planos, uno de un simulador en el que se vea uno expuesto a la experiencia de la felicidad.

Pero también algunos manuscritos ordenados. Es posible que a un detective y a un comisario no les interese demasiado el destino de una invitación en manos de un hombre con dedos mecánicos, o cómo uno le cuenta a otro la nostalgia que siente por su tierra. ¿Por qué les iba a importar que un anciano intente hablar con un niño, o un desayuno tras una noche de amor? Aunque se podría pensar que, por pura deformación profesional, quizás les interesara saber qué clase de noticia puede recibir uno en Malakka, y qué consecuencias tuvo la catástrofe ocurrida en el gabinete de figuras de cera. Y ellos, que están tan obsesionados por saber a qué hora se encontraba uno en dónde, qué pensarían de uno que vive en la cabeza de otros y que tiene que acomodarse a la era del "boutiquismo"? Aunque un campesino rebelde les fuera indiferente, ¿no tendrían que aguzar el oído y considerar de su incumbencia a un asesino de muñecas o aquel hombre que se echa a un lado y asesina con la palabra?

Todo esto les habría acercado al Inmune que buscan. Pero lo dejaremos para más adelante, si es que hay ocasión. De momento, estoy sentado a una mesa.

Si, por ahora existo.

¿Que qué tal me va? Gracias, voy tirando. He estado vivo durante toda una vida. Y esto me vuelve a sorprender. A veces me pregunto: ¿cómo lo consiguen los demás? 

¿es usted? ¿es usted inmune o no? buscaban al Inmune, qué risa, qué risa qué risa qué risa, hablaban de él como si fuera una víctima, una víctima una víctima una víctima, y luego la pregunta capciosa: ¿es usted inmune o no? qué risa qué risa qué risa, ¿es usted? ¿es usted inmune o no?

HugoLoetscher
Zúrich·29